

## DISCURSO

### Pronunciado por el Dr. Gabriel M. Malda, Presidente de la Academia, en la Sesión Solemne del Año Académico 1924-1925

---

**Señores:**

El día primero de octubre ha sido y sigue siendo para la Academia Nacional de Medicina un día en que se computa un pasado y se bosqueja un futuro de solidaridad y ciencia; por eso nos reunimos esta noche con respeto y entusiasmo; es la noche en que se despide al año académico que se va y con saludo cordial se recibe al año nuevo que se presenta; el balance de los trabajos efectuados del 1o. de octubre de 1923 a esta fecha, va a ser escuchado por ustedes: han sido todos trabajos de gran interés; cada uno de ellos traduce un desvelo y un anhelo; cada uno es el símbolo de un pensamiento noble, el de hacer el bien a la humanidad doliente; la expresión de estos escritos parciales, de estas discusiones, del espíritu que traducen nuestras actas, es suficiente para interpretar la noble labor de esta institución, que no es una de esas familias pasajeras, que reúne el entusiasmo y que disuelve la inutilidad; no, estamos agrupados en torno de una bandera santa, impelidos por la convicción más profunda, animados por el deseo de ser útiles a nuestros semejantes, y resueltos a no abandonar la empresa, cualquiera que sean las dificultades que se nos presenten. La Academia de Medicina ha llevado siempre como divisa "la fe" y "la unión", unidas, que son las que dan la victoria; por eso nuestra Academia vive, por eso ha sabido vencer inmensos peligros, serias dificultades; por eso ha eludido golpes mortales que la enemistad y el despecho le han lanzado sin haberle producido la más leve herida; y, cuando el enemigo la creyó agonizante, nuestra institución resurgió a manera del Fénix, más resplandeciente y más vivificante: tenía que ser así; porque tengo la idea que las instituciones son como los pueblos, cuando defienden sus libertades, sus principios, triunfan al fin: el fuego de la independencia no puede apagarse nunca.

La Academia ha tenido siempre un atributo, el no dar cabida al desaliento, y las instituciones como los mártires tienen sus horas de tortura para alcanzar sus días de triunfo.

La Academia siempre tiene sus puertas abiertas a los que aporten honorabilidad, ciencia y trabajo; pero sus puertas se cierran y sus oídos no escuchan a el atrevido que quiere sorprenderla, con el antifáz de la charlatanería, tomándola como el escalón o apoyo para fines utilitarios.

Severa nuestra corporación pero siempre justiciera, pasa por un sutil tamíz las propuestas de sus socios, y cuando se abordan las candidaturas de los honorarios, más parece crecer esta severidad en su veredicto, y con escrúpulos minuciosos dá un voto en las sesiones del 9 y 10 de octubre para admitir a los Sres. doctores William J. Mayo, Albert J. Ochsner y Florestán Aguilar, en sesión solemne el día 20 de agosto entrega las insignias y el diploma correspondiente de socio honorario al doctor Georges Dumás.

El nuevo reglamento que rige hoy en nuestra corporación, ha abierto nuevos horizontes y ha facilitado la admisión de nuevos académicos, que con reputación irreprochable, con entusiasmo y ciencia, han venido a inyectar a nuestra corporación, su estímulo y sus conocimientos: nuevos hermanos, nuevos colaboradores en la lucha para la adquisición de la ciencia; y en efecto el día 28 de noviembre son admitidos como socios de número los señores doctores, Isidro Espinosa de los Reyes, Luis S. Viramontes, Francisco Miranda, Luis Rivero Borrel, Angel Vallarino, Alfonso Pruneda y José Tomás Rojas.

Me cupo a mí la honra de haberlos recibido y darles la bienvenida, augurando su buena labor ya fructificada. En medio del entusiasmo del trabajo, en los días de más esperanzas y júbilo científico, cuando se veían en torno de la mesa directiva semblantes atentos y satisfechos, han venido nubes de dolor a dar sombra a nuestros corazones, pérdidas irreparables: el año que hoy termina ha cubierto de crespones negros cuatro sillones académicos: ha apagado la implacable, la inexorable muerte, la luz científica de cuatro astros de primera magnitud, que difundían su ciencia. En vibraciones grabadas en los muros de este salón, escucho sus últimos suspiros de ciencia, lanzando ya por un cuerpo enfermo o envejecido. Interrumpiendo algunos de ellos su asistencia a nuestras sesiones por la enfermedad o el agotamiento, entablaban la lucha titánica entre el cumplimiento del deber, entre el deseo y el derecho de vivir que todos tenemos, y la falta de energía, acción y fuerzas de una máquina humana ya imposibilitada para funcionar, o agotada por el dolor.

El honorable doctor don José Terrés, fué el primero que se despidió de

nosotros; generaciones pasaron por su clase escuchando su palabra docente, su representación sería inútil, todos le conocimos, como maestro: como director de la Escuela Preparatoria donde impregnado de la filosofía de Barrera, hizo numerosas reformas; como Secretario de nuestra Escuela de Medicina, allí también dejó huella de su labor, y como académico y Presidente de nuestra corporación, trabajó activamente por esta sociedad, dejando recuerdos inmarcesibles su palabra, y profundo dolor su desaparición.

El doctor Manuel Villada, fué sabio, y fué bueno, su bondad era ya un proverbio, tuve oportunidad de tratarlo: en la intimidad del hogar, fué modelo: el amigo sincero y afectuoso, el compañero recto e intachable; la "botánica" formó de ella una especialidad y sus enseñanzas perdurarán eternamente.

El doctor Nicolás Ramírez de Arellano, un maestro amado por todos sus discípulos, era paternal para consentirlos: su cátedra de Medicina Legal era un descanso para todos nosotros, pues formaba el oasis en el año en que se cursaba, comparándola con la severidad que revestían las demás. Descendía a la altura de sus alumnos por sus enseñanzas y sus complacencias, revelando con estos atributos sus grandes dotes de pedagogo. También académico de gran talla como los anteriores ya mencionados, prodigó sus enseñanzas y vivificó nuestra corporación. Yo le recuerdo señores con inmenso cariño, fué el vocal decano del Consejo del Departamento de Salubridad Pública, y el único que obtuvo esa plaza por oposición. Era quien llevaba la historia del Consejo, era nuestro consultor, y un relator fiel del pasado de la Salubridad de la República. Herido ya de muerte por su penúltima enfermedad, apenas convaleciente, asistió a sesión tomando la palabra con el deseo de decir: aun vivo, todavía trabajó, semejante ya su palabra a esos suspiros de luz que producen las lámparas agonizantes.

Germán Díaz Lombardo, ¡tristeza da recordarlo! lleno de vida hace un año, lleno de ilusiones y de entusiasmos, parece un sueño que haya desaparecido; que no nos acompañe esta noche, siempre unido con nosotros para presenciar y cooperar a los destinos de nuestra sociedad: pena y dolor dá decirlo, él mismo anunció su muerte y la anunció en este salón en que hoy nos reunimos y en el que se verifican las sesiones del Consejo. Algún fenómeno psicológico, tal vez determinado por la toxina del germen que ya invadía su organismo y que obraba sobre sus celdillas cerebrales, le hizo interpretar que una mariposa negra que revoloteaba encima de los consejeros en este salón, traía el anuncio de su muerte: esos antecedentes son los que aun, inteligencias bien disciplinadas han tomado por causas, o por supersticiones difíciles de borrar: y hacen entrar en momentos de meditación,

estableciendo un catequismo mental, una pugna secreta entre lo que nos marca la lógica inmovible y el hecho que se nos presenta; pero desgraciadamente muy pocos días después, ya enfermo Díaz Lombardo, tuvo siempre esa pena la que reflejó en nosotros, por ser este lugar donde nació en su mente la idea de su futura muerte. Siempre presentó trabajos importantes, tomó parte en interesantes discusiones y dió brillo a nuestra corporación como los socios anteriores.

Ya no más luto pide la academia, ya no la desaparición de hermanos queridos, de colaboradores infatigables. Abre sus brazos para los nuevos socios pero cierra sus puertas a la muerte. No nos queda más que recordar a nuestros ilustres desaparecidos, y el mejor modo de honrarlos es imitarlos: la muerte de un gran varón debe ser un estímulo en vez de ser un motivo de desconsuelo. Sus almas desde el cielo nos contemplan con orgullo por que saben que podemos conservar intacto el depósito que nos legaron. Hay mucho que hacer, y que hacer con energía por la Academia. Energía y siempre energía. Con ella únicamente se logra la unión en el interior y se garantiza la defensa.

Señores académicos: mirad que sois los que tenéis en vuestras manos el porvenir de nuestra corporación: haced por ella lo que podráis hacer por vosotros mismos, y al despedirme como presidente de esta alta Sociedad, pido indulgencia si no he llenado mi cometido como lo requiere esta sabia institución; pero mis deseos han sido inmensos, mi voluntad aún mayor, y que estos sean los argumentos de defensa que pongo ante la sociedad, para pedir disculpa y perdones; no restándome ahora si no el dar un adiós respetuoso a cada uno de ustedes, y una feliz bien venida a nuestro nuevo presidente.

*Gabriel M. Maldonado*